

14 *Las Aventuras de Gil Blas.*

Aunque habia hechado ya profundas raices en mi pobre corazon, no desconfio de arrancarle. Vete, prosiguió ella, y admite en premio de tu trabajo esta corta demostracion de mi agradecimiento. Al decir esto me puso en la mano un bolsillo, que ciertamente no estaba vacío; añadiendo, solo te encargo que guardes bien el secreto que he confiado á tu discrecion y silencio.

Aseguréla que en este particular podia vivir sin el menor cuidado, porque yo era el Harpócrates de todos los confidentes. Dicho esto me retiré impacientísimo por saber lo que contenia el bolsillo. Abríle, y hallé en él veinte doblones. Luego se me ofreció que sin duda me hubiera dado Aurora mucho mas, si yo la hubiera dado á ella otra noticia mas gustosa, quando pagaba con tanta liberalidad una que la habia sido de tanto disgusto. Arrepentíme de no haber imitado á los escribanos y alguaciles, que disfrazan la verdad: y me enfadé mucho contra mi necedad por haber sufocado en su nacimiento un amor que con el tiempo podia producirme grandísimas utilidades. Pero al fin me consolé con los veinte doblones, que ventajosamente me recompensaban lo que habia gastado en pomadas y aguas de olor.

CA-

Lib. IV. Cap. III.

15

CAPITULO III.

De la gran novedad que sucedió en casa de Don Vicente, y de la estraña resolucion que el amor hizo tomar á la bella Aurora.

Poco despues de esta aventura se sintió enfermo Don Vicente. Sobre ser de una edad bastante avanzada, los síntomas de la enfermedad eran tan violentos que desde luego se comenzó á temer algun suceso funesto. Fueron llamados los dos mas famosos médicos de Madrid; uno el Doctor Andres, y otro el Doctor Oquendo. Pulsáron atentamente al enfermo, y despues de una exácta observacion convinieron entrambos en que los humores estaban en una preternatural fermentacion y movimiento. En solo esto convinieron, y en ninguna otra cosa pudieron concordar. Decia el Señor Andres que por lo mismo que los humores estaban en una violenta agitacion de fluxos y refluxos, debian ser expelidos con purgantes, antes que se fixasen en alguna parte noble y principal. Oquendo opinaba por el contrario, que estando todavía incoctos y crudos los humores, se debía esperar á que madurasen antes de echar mano á los purgantes. Pero ese método, replicaba el otro doctor,

C 2

tor,

tor, es directamente contrario al que nos enseña el príncipe de la medicina. Hypócrates advierte que se debe purgar al principio de la enfermedad, y desde los primeros días de la mas ardiente calentura, diciendo en términos expresos que se ha de acudir prontamente con la purga quando los humores están en *orgasmo*, es decir, en su mayor agitacion. En eso está vuestra equivocacion, repuso Oquendo: vos entendeis por *orgasmo* agitacion, siendo así que se debe entender madurez.

Recalentáronse nuestros doctores en esta disputa. El uno presentó el texto Griego, y citó todos los autores que le explican como él. El otro se fiaba en la traduccion Latina, empeñándose con mayor calor, y tomando el negocio en tono mas alto. ¿A qual de los dos se ha de creer? Don Vicente no era hombre que pudiese decidir aquella cuestión; pero hallándose precisado á optar, escogió entre los dos la opinion del que habia echado al otro mundo mas enfermos, quiero decir, la del mas viejo. Viendo esto Andres, que era el mas mozo, se retiró, pero no sin decir primero quatro pullas bien pican-tes al mas anciano sobre su *orgasmo*; y hé aquí que queda triunfante Oquendo. Habiendo éste cursado sin duda la misma escuela, y estudiado los mismos principios que el doctor Sangredo, comenzó á sangrar abundantemente al enfermo, esperando para purgarle á que los humores estuviesen maduros y cocidos; pero la muerte, que temió quizá que una purga tan sabiamente di-

diferida no le quitase la presa que ya tenia en la mano, previno la coccion, y se llevó á mi pobre amo. Tal fue el fin del señor Don Vicente, que perdió la vida porque su médico no sabia el Griego.

Aurora, despues de haber hecho á su padre unas exêquias dignas de un hombre de aquel nacimiento, entró en la administracion de todo lo que tocaba á la casa. Dueña ya de su voluntad, despidió algunos criados, dándoles recompensas proporcionadas á su lealtad y méritos. Hecho esto se retiró á una Quinta que tenia á las márgenes del Tajo, entre Sacedon y Buendia. Yo fuí uno de los que quedaron en la familia, y la siguieron á la aldea. No solo eso, sino que tambien tuve la fortuna de serla necesario. No obstante el fiel informe que yo la habia hecho de Don Luis, todavía le amaba, ó por mejor decir, no pudiendo con todos sus esfuerzos vencer la violencia del amor, se habia abandonado á su torrente. Como ya no necesitaba de precauciones para hablarme, me dixo un día suspirando: Gil Blas, yo no puedo olvidar á Don Luis: por mas que hago para borrarle de mi pensamiento, se me representa siempre, no ya como tú me le pintaste, encenagado en los vicios, sino como yo quisiera que fuese, tierno, amoroso y constante. Enternecióse diciendo estas palabras, y no pudo impedir que no se la desprendiesen algunas lágrimas. Tambien á mí me faltó poco para llorar: tanto me conmovió aquel su dulce llanto. Ni podía ha-

hacerla mejor la corte que mostrándome sensible á su ternura. Veo, amigo Blas (continuó ella enjugándose los ojos) veo tu buen corazón, y estoy muy satisfecha de tu zelo, que prometo recompensar bien como él merece. Nunca me ha sido mas necesario tu auxilio y tu asistencia. Voite á descubrir el pensamiento que ahora me ocupa enteramente: sin duda que te parecerá extravagante y caprichoso. Has de saber que quiero ir quanto antes á Salamanca. Mi idea es disfrazarme de caballero baxo el nombre de Don Felix, y entablar conocimiento con Pacheco, procurando ganar su amistad y confianza. Hablaréle frecuentemente de Doña Aurora de Guzman, suponiéndome primo suyo. Naturalmente deseará conocerla, y aquí es donde yo le espero. Nosotros tendremos en Salamanca dos posadas. En una haré el papel de Don Felix, y en otra de Doña Aurora; y dexándome ver de Don Luis unas veces vestida de hombre y otras de muger, espero traerle al fin que me he propuesto. Confieso, añadió ella misma, que es muy extraño mi proyecto; pero la pasión que me arastra, y la inocente intencion con que procedo, açaban de cegarme y de aturdirme sobre el paso á que me quiero arriesgar.

Yo era del mismísimo parecer que Aurora en punto á la extravagancia y á lo peligroso del proyecto. Sin embargo, aunque le reconocia tan contrario á la razon y al honor, como lo era á la decencia, me guardé muy bien de hacer del pedagogo. Antes al contrario comencé á dora-

la

la píldora, y me esforcé á querer persuadir que en vez de ser un proyecto disparatado, era un delicado juego de ingenio, sin peligro y sin consecuencia. Esto dió gran gusto á mi ama, porque á los amantes siempre les agrada que se celebren y se aplaudan sus mas locos devaneos. En fin convenimos los dos en que esta temeraria empresa la debíamos mirar como una especie de comedia bufonesca inventada para divertirnos, en la qual solo habia de pensar cada uno en representar bien su papel. Escogimos los actores entre los domésticos, y repartimos á cada qual su papel. Cada uno aceptó el que se le encargó sin quejarse ni hacer esguinces, porque no éramos comediantes de profesion. A la señora Ortiz se la encomendó el de tia de Doña Aurora, señalándosele un criado y una doncella, y debia tomar el nombre de Doña Ximena de Guzman. Yo debia servir á Doña Aurora en calidad de ayuda de cámara, escogiendo entre las mugeres una que, disfrazada en hombre, la asistiese en particular. Arreglados así los papeles nos restituimos á Madrid, donde supimos que se hallaba Don Luis, pero disponiéndose para partir prontamente á Salamanca. Dimos orden para que se hiciesen quanto ántes los vestidos que habíamos menester, á fin de usar de ellos en tiempo y en sazón. Luego que se concluyeron se plegaron y se metieron en diferentes baules, y dexando al mayordomo el cuidado de la casa, partió Doña Aurora en un coche de colleras, tomando el camino del Reyno de Leon, acom-

pa-

pañada de todos los que habíamos de hacer papel en la comedia.

Habíamos ya atravesado toda Castilla la Vieja, quando se rompió el exe del coche, entre Avila, y Villafior, á trescientos ó quatrocientos pasos de una Quinta que se dexaba ver al pie de una montaña. Hallábamonos muy embarazados porque se acercaba la noche; pero un paysano que casualmente pasó por allí nos sacó de aquel embarazo. Informónos que aquella Quinta pertenecía á una tal Doña Elvira, viuda de Don Pedro Pinares, y nos dixo tanto bien de aquella señora, que mi ama se determinó á despacharme para suplicarla de su parte que se sirviese recogernos en su casa por aquella noche. No desmintió Doña Elvira el informe del paysano. Recibióme con el mayor agrado, y respondió á mi súplica en los terminos que se deseaba. Pasamos todos á la Quinta tirando las mulas el coche con el mayor tiento que se pudo. Encontramos á la puerta la viuda de Don Pedro, que salió cortesanamente á recibir á mi ama. Paso en silencio los recíprocos cumplimientos que se hicieron las dos de parte á parte. Solo diré que Doña Elvira era una dama ya de avanzada edad, pero tan cariñosa, atenta, y de tan señoril educacion, que ninguna la excedia en desempeñar noblemente los deberes de la hospitalidad. Conduxo ella misma á Doña Aurora á un soberbio y magnífico quarto, donde la dexó luego en libertad para que descansase, y ella fué á dar providencia hasta

en

en las cosas mas menudas que nos podian tocar. Hecho esto, luego que estuvo dispuesta la cena dió orden que se sirviese en el quarto de Aurora, donde ámbas á dos se sentaron á la mesa. No era la viuda de Don Pedro una de aquellas personas que no saben hacer los honores de una mesa, manteniéndose en ella con un ayre enfadosamente grave, silencioso y sostenido. Era de genio desembarazado, alegre y festivo, sabiendo perfectamente el arte de mantener siempre viva la conversacion. Explicábase noblemente con voces bellas y propias, y exponia sus pensamientos con cierto ayre fino y delicado, que hacia parecer originales aun los mas comunes. A mí me tenia encantado, y no menos encantada se manifestaba Aurora. Estrecháronse las dos en una tierna amistad, y quedaron de acuerdo en fomentarla con un comercio recíproco de cartas. No podia componerse nuestro coche hasta el dia siguiente, y era muy natural que no pudiésemos salir hasta muy tarde, por lo que nos detuvimos todo aquel dia en la misma Quinta. A nosotros se nos sirvió tambien nuestra cena con gran abundancia, y por consiguiente dormimos todos tan bien como habíamos cenado.

El dia siguiente descubrió mi ama nuevo fondo y nuevas gracias en la conversacion de Doña Elvira. Comieron las dos en una sala donde habia muchas pinturas. Entre otras sobresalia una, cuyas figuras se representaban con la mayor propiedad y con exquisita viveza; pero que presentaba á la vista un objeto, verdadera-

men-

mente trágico. Era un caballero muerto, tendido en tierra, anegado en su misma sangre, cuyo semblante parecía que, aun despues de muerto, estaba amenazando. Cerca de él se dexaba ver, tendido tambien por tierra, el retrato de una dama jóven, aunque en diferente actitud. Atravesaba su pecho una espada, y quando se representaba exhalando el último aliento tenia fixos los ojos en un gallardo jóven, que explicaba un mortal dolor viéndola tan próxima á perderla. El pincel habia estampado tambien en aquel lienzo otra figura, que no llamaba menos la atencion. Era un anciano de grave, hermosa y venerable traza, que conmovido vivamente de los funestos objetos que se le presentaban á la vista, no se mostraba menos afligido que el desconsolado jóven. Podriase decir que aquellas imágenes sangrientas excitaban en el mozo y en el anciano los mismos movimientos, pero causando en los dos diferentes impresiones. El viejo poseído de una profunda tristeza parecia como rendido totalmente á ella; mas en el mozo se reconocia una especie de furor en medio de la afliccion. Todos estos afectos se representaban con expresiones tan vivas, que no nos hartábamos de verlas y admirarlas. Preguntó mi ama qué suceso ó qué historia representaba aquella pintura. Señora (la respondió Doña Elvira) es una fiel, aunque muda relacion de las desgracias de mi familia. Esta respuesta picó tanto la curiosidad de Aurora, que excitó en ella un vivísimo deseo de saber á fondo lo que en aque-
llo

llo la queria decir la viuda de Don Pedro, y no se pudo contener sin manifestarla este deseo. Elvira se ofreció galantemente á satisfacerse. Y como esta cortesana oferta se hizo á presencia de la Ortiz, de sus dos compañeras y á la mia, todos quatro nos detuvimos en la sala despues de la comida. Mi ama queria que nos retirásemos; pero Doña Elvira, que conoció nuestra gran gana de oír la explicacion de aquel quadro, tuvo la benignidad de decirnos que nos detuviésemos; porque la historia que voy á referir (añadió con mucho agrado) no es de aquellas que están pidiendo secreto. Un momento despues dió principio á su relacion en los términos siguientes.

CAPITULO IV.

El Matrimonio vengado.

NOVELA.

Rogerio, Rey de Sicilia, tuvo un hermano y una hermana. El hermano, que se llamaba Manfredó, se reveló contra él, y encendió en el Reyno una guerra no ménos sangrienta que peligrosa; pero tuvo la desgracia de perder dos batallas y de caer en manos del Rey, que se contentó con privarle de la libertad en castigo de
de